



L O R I S Z A N A T T A

# PUNTERO DE DIOS

Diez años de papado:  
la relación de Francisco  
con el peronismo y  
la política argentina

Traducción:  
Diego Bigongiari

CRÍTICA

L O R I S Z A N A T T A

# **PUNTERO DE DIOS**

Diez años de papado:  
la relación de Francisco  
con el peronismo y  
la política argentina

Traducción:  
Diego Bigongiari

CRÍTICA

# 1 BERGOGLIO, LA «NACIÓN CATÓLICA», EL PERONISMO

«Un papa peronista», se dice en todos lados de Bergoglio. ¿Es correcto? ¿En qué sentido? Mejor explicar, precisar, profundizar, porque la banalidad acecha y confunde más de lo que aclara. Las biografías no ayudan, incluso las más acreditadas. Tuvo «simpatía» por el peronismo, se lee a menudo, un «movimiento popular» que «incluyó a las masas» en nombre de la «justicia social». Fue definido fascista, pero no lo era. Amén. Así recita la más famosa, traducida en todo el mundo, así más o menos las demás.<sup>1</sup> Eufemismos, en el mejor de los casos. Mistificaciones, queriendo pensar mal. No menos grosero es tratarlo como cura militante o titiritero de partido. O, por el contrario, negar afinidades y convergencias. Son todas versiones simplistas o interesadas, ora a la hagiografía, ora al descrédito. Se le escapa la complejidad del personaje, aquella del peronismo o la correspondiente a la naturaleza de su relación.

Los seminarios del mundo hispánico de los años cincuenta estaban todavía impregnados de nostalgia por la cristiandad perdida, animados por la pulsión de restaurarla. Lo que la había erosionado, narraba la *vulgata*, habían sido la Reforma protestante antes, el Iluminismo después y finalmente el libe-

---

1. A. Ivereigh, *Tempo di misericordia, Vita di Jorge Mario Bergoglio*, Mondadori, Milán, 2014.

ralismo. Ideas y eventos concatenados entre ellos, los «eternos enemigos». El marxismo era solo el último anillo de la cadena. En la Iglesia Argentina, en la que se formó Bergoglio, era dogma que la nación fuera católica, porque católico era su pueblo. La evangelización lo había plasmado de una vez y para siempre. ¿Las ideas seculares? ¡Antinacionales y antipopulares! La economía de mercado, la democracia liberal, el pluralismo ideológico, la civilidad de las costumbres: todo era sospechoso, todo evocaba el germen disolvente del secularismo. ¿No eran amenazas a la unidad de la patria? ¿A la integridad moral del pueblo? ¿A la cultura de los antepasados? ¡La culpa era de Juan Calvino, tronaba todavía Bergoglio treinta años después! Había sido él quien había «separado la razón del corazón», allanando el camino al «racionalismo ilustrado», echando la semilla del moderno «desencanto». ¡Y de John Locke! Padre noble del liberalismo, nadie como él había destruido el orden orgánico de la sociedad cristiana, sacrificando al «pueblo» en aras del individuo y al trabajador por la burguesía.<sup>2</sup> Las «nuevas ideas» del Concilio Vaticano no mutaron su «filosofía de la Historia». Al contrario, fueron el cedazo con el cual separó la «teología del pueblo», heredera de la cristiandad americana, de la «teología liberal» por un lado y la «teología de la revolución» por el otro, herederas de sus enemigos, caballos de Troya del racionalismo europeo.

Dadas las premisas, el universo ideal peronista le pareció al joven Bergoglio la prolongación secular de su formación espiritual. Y la entrada a ese mundo la cosa más natural del mundo, como cruzar la puerta que lleva del templo a la sacristía. No porque lo atrajera el «partido», sino precisamente porque no lo consideraba tal, porque el peronismo era el brazo secular de la «nación católica», la expresión social de la «cultura del

---

2. J. M. Bergoglio, *Chi sono i Gesuiti: Storia della Compagnia di Gesù*, EMI, Roma, 2014.

pueblo», de la «fe de la patria». Si el «buen pueblo fiel» era peronista, ¿cómo podía no serlo él, que se debía al «pueblo»? Los otros, todos los otros, eran «de otro palo», me explicó un día un sacerdote peronista: argentinos por nacimiento, pero no en el alma; figuras de una humanidad ajena. Que gustara o no, que fuera honesto o corrupto, autoritario o democrático, era secundario: el peronismo no era «parte» sino «todo», Dios, patria y pueblo. Quedan rastros en sus primeros escritos, en los recuerdos de los cohermanos: los movimientos «nacionales y populares» eran los predilectos, el inevitable desemboque de fe y patriotismo. Dicho de otro modo: no era él quien era peronista, sino el peronismo, que era católico y popular, católico y argentino. ¿Qué diferencia había?<sup>3</sup>

De allí la relación con Guardia de Hierro, trinchera de la ortodoxia peronista: no fue un accidente sino una historia generacional, una afinidad electiva. Y el entendimiento con el coronel Vicente Damasco, íntimo de Perón, que en 1974 lo invitó al grupo que trabajaba en el «Modelo Argentino», el testamento político del anciano caudillo. ¿Aceptó? ¿Le puso mano? Quizá sí, quizá no, es secundario<sup>4</sup>: impregnado de espíritu nacional-católico, es un documento saturado de ideas recurrentes tanto en el peronismo de los orígenes como en las homilias bergoglianas. Es inútil intentar establecer quién transmitía qué cosa a quién dentro de una galaxia ideal compartida: Dios y patria, comunidad organizada, doctrina social católica, dirigismo económico, Patria Grande, «sinarquía internacional».<sup>5</sup>

El «Modelo» propugnaba un «proyecto nacional», caballo de batalla de Perón infaltable en las intervenciones públicas de Bergoglio, las juveniles y las que siguieron. Sobre las huellas del

---

3. J. M. Bergoglio, «Historia y cambio», Boletín CIAS, n° 25-26, marzo-junio 1975.

4. I. Zuleta, *El papa peronista*, Ariel, Buenos Aires, 2019.

5. J. D. Perón, *Modelo argentino para el proyecto nacional* (1974), 2a. ed., Biblioteca del Congreso de la Nación, Buenos Aires, 2015.

primer peronismo, esto implicaba un «plan» político y moral, social y cultural injertado en la tradición católica. Ambicionaba ordenar el caos, armonizar los conflictos, orientar a todos los órganos del «cuerpo social» hacia un fin común. Bergoglio solía invocar al respecto la «libertad positiva», un «espíritu nacional», una «voluntad popular», una «mente colectiva»<sup>6</sup>. Eran los presupuestos de una visión monista del orden social. Y monista era la visión peronista: un pueblo, una patria, un líder. Extraña al «proyecto» era, en cambio, la noción de «libertad negativa», típica del constitucionalismo liberal, la protección de la esfera individual de la invasión del Estado o de la colectividad, premisa del pluralismo, de la poliarquía rechazada por el peronismo.<sup>7</sup>

Para Bergoglio, como para Perón, por otra parte, «el todo es superior a la parte», la comunidad al individuo, el pueblo al ciudadano. Transportado del empíreo de las abstracciones a la baja cocina de la Historia, ello implica que no todas las ideas y culturas son igualmente lícitas. Al contrario, las únicas legítimas son las «nacionales y populares», aquellas del «pueblo fiel» que, bien o mal, encarna el peronismo. Las otras, se sabe, son «coloniales». Tal es la impronta historicista, la «filosofía de la historia» de Bergoglio.<sup>8</sup> La nación que él siempre invoca en tal óptica es un organismo viviente que en el «pueblo» tiene su «alma». No todo el pueblo, en sus variadas expresiones, sino el «pueblo de Dios», un «pueblo mítico», el único que excavó el surco de la patria. El surco, en Argentina, de la «nación católica», unos rieles de los cuales *a priori* no está permitido salir: allí yace el «ser nacional» mil veces evocado por obispos y generales, socialistas nacionales y nacionalistas sociales, por

---

6. J. M. Bergoglio, «Educar, un compromiso compartido», 18 de abril de 2007, arzbaire.org.ar.

7. I. Berlin, *Four Essays on Liberty*, Oxford U. P., Oxford, 1969.

8. K. Popper, *La sociedad abierta y sus enemigos*, Paidós, Madrid, 2010.

peronistas de toda tendencia. Casi que el «mito de la nación católica» no fuera a su vez fruto de un proceso histórico a través del cual la Iglesia se reapropió de la «nacionalidad», expulsando de ella a la tradición secular, que tanto había contribuido a plasmarla<sup>9</sup>. El pluralismo deviene así una patología para extirpar en el altar del «pensamiento nacional», un atentado a la unidad de la «patria» y del «pueblo». Y a extirparlo se dedicó el peronismo, empleando los instrumentos del Estado que poseía, de la escuela a la radio, de los tribunales a los estadios. El nexo entre la formación de Bergoglio y la historia peronista no es circunstancial, sino estructural.

En suma, con las inevitables impurezas de la historia profana, Bergoglio en el peronismo ve reflejada la «argentinidad», la «esencia» católica de la patria, si acaso las patrias poseen una «esencia». Por lo tanto, Perón es en verdad para sus ojos el heredero de San Martín, de la Argentina gauchesca del *Martín Fierro*, de los caudillos federales y de las misiones jesuíticas, rocafuertes de su genealogía patriótica. Y, al mismo tiempo, el titán que nacionalizó a los inmigrantes, incluida su familia, gracias a la cultura católica compartida con criollos y nativos<sup>10</sup>. Su Argentina es impermeable al «cosmopolitismo del puerto», a las «colonizaciones ideológicas» liberales, a los tentativos «totalitarios» —los llama Bergoglio distorsionando palabra y concepto— de la élite «ilustrada» que la desnaturaliza, socavando a la Iglesia y a la fe. No es cuestión de Perón en sí, si bien el caudillo es esencial en su idea orgánica de nación, sino de Perón como instrumento del «pueblo» que «hace la historia» de la patria. Y «la hace» realizando el «plan de Dios» porque impregnado de una atávica y espontánea religiosidad, no lógica

---

9. L. Zanatta, *Del Estado liberal a la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo*, Editorial de la Universidad de Quilmes, Buenos Aires, 1996.

10. J. M. Bergoglio, «Carta con motivo del fallecimiento del Presidente Perón», Boletín del CIAS, n° 25-26, marzo-junio de 1974.



ni racional, inmune a los virus del materialismo y el escepticismo. Tal es el origen emotivo y cultural del visceral desprecio de Bergoglio por la civilización liberal y burguesa, mundana y comercial, de su instintiva aversión a los Estados Unidos y al Occidente «descristianizados», mal oculta entre los pliegues de su lenguaje alusivo. Desprecio y aversión compartidos con el peronismo, el cual por otra parte lo absorbió del nacionalismo católico.<sup>11</sup>

¿Bergoglio es entonces un típico nacionalista, un nostálgico del Estado católico y corporativo? Demasiado simple, muy anacrónico. Encerrarlo en una tribu, endosarle una etiqueta, y además de tipo mundano, es como aferrar a las anguilas con las manos. Hombre de Iglesia, no tiene otra casa que ella. Es antiliberal y anticapitalista, nacionalista católico y revisionista histórico en la medida en la cual lo es el catolicismo argentino en su conjunto, sea tradicionalista, sea moderado, sea revolucionario. Pero por modos y tonos, se distingue de cada grupo o corriente del pasado. Se distingue, no se opone; se eleva, no se mezcla. Es un poco de una cosa y un poco de la otra, toma de cada uno, pero no se identifica con nadie, habla opaco pero tiene las ideas claras, parece undívago pero tiene objetivos precisos, siempre los mismos: edificar el Reino de Dios, para decirlo en términos teológicos; custodiar a la «nación católica», dicho en lenguaje secular, adaptándola al imperfecto fluir de la Historia. ¿Es un programa político? Sí, admite él, pero en «sentido alto». Será. Tal es en todo caso el perímetro ideal de su compromiso, repite, para «cambiar las estructuras».

¡Qué va de monismo y monismo!, objetará alguien. ¡Bergoglio es un denodado defensor de las instituciones democráticas y del Estado de derecho, del pluralismo y de las libertades políticas! De ello dan prueba numerosos escritos y corajudas

---

11. Mensaje del Arzobispo de Buenos Aires a las comunidades educativas, marzo de 2002, arzbaire.org.ar.



homilías, y lo demuestran acciones desplegadas para contener las pulsiones monistas de otros. ¿No lo hizo al punto que Néstor Kirchner lo señaló como jefe de la oposición? Ciertamente. Pero a la luz de su universo ideal, es lícito preguntarse qué tiene en la mente Bergoglio cuando habla de «democracia». Es oportuno preguntarse si el conflicto con Kirchner fue en defensa de las instituciones republicanas o en defensa de la «nación católica». Y más: si no calcaba las huellas de aquel conflicto eclesiástico con Perón, es decir si no era la enésima guerra dentro de la familia acerca de quién, entre Peronismo e Iglesia, reclama la representación del «buen pueblo fiel». Basta observar cuántos militantes «populares» alaban sin distinciones a Kirchner y a Bergoglio.

La pregunta crucial, por lo tanto, es si la concepción bergogliana de «pueblo», como depositario exclusivo de la virtud, y de las otras clases como «no pueblo» resulta compatible con la democracia pluralista; si lo es su idea de «nación» fundada sobre un principio cultural y espiritual al cual una parte conspicua de los argentinos no adhiere. Aquí está el nudo en el cual se entrelazan las ambigüedades, por no decir las contradicciones de Bergoglio. ¿Qué tipo de democracia puede desarrollarse sobre tales bases? ¿Si el pueblo de Dios domina desde un pedestal de superioridad moral al pueblo de la Constitución? ¿Si quien que se erige como su portavoz se considera custodio de la «voluntad general»? ¿Una democracia monista o pluralista? En el peronismo, la idea hegemónica y plebiscitaria de democracia nace de tales premisas. Entre ella y el mito de la nación católica hay un lazo genético que inhibe el desarrollo de la democracia republicana. Un lazo que Bergoglio hereda y cultiva.

Éste es el *humus* en el que se hunden las raíces de la famosa «grieta» que separa a los argentinos. Allí tiene origen la fisura que transforma la fisiología de la dialéctica política en la patología de la guerra de religión. Quien se remita al liberalismo, quien reivindique el secularismo, será por ello extraño al «fin moral» de la comunidad, a aquello que Bergoglio llama «modo

de ser» del «pueblo». Señalado como «cipayo», como caballo de Troya de las «ideologías extranjeras» nacidas de la Reforma Protestante, contra él gravará una implícita *conventio ad excludendum*. Se explica así la «soberanía limitada» de los gobiernos no peronistas.<sup>12</sup>

Hacia el final de la dictadura, se ha visto, algunos religiosos pusieron el dedo en la llaga. Las cicatrices de la violencia fratricida en nombre de Dios, patria y pueblo todavía estaban frescas. Apuntaron el índice contra la fusión de nación y religión, trataron de desenchufar el mito nacional-católico. ¡Basta de escudarse detrás de la fe! ¡Basta de hacer de ello una ideología nacional o una utopía secular! ¡Que cada uno fuera responsable de sus actos y respondiera a los ciudadanos! Iglesia incluida. Bergoglio no estaba entre ellos. La unión entre «nación católica» y «pueblo católico» siguió siendo para él la piedra angular. Unión que la «teología del pueblo» sacralizó. El proyecto nacional debía arraigarse en la «cosa concreta católica», la patria conserva su «ser fundante» o muere, decía. Cambiarlo no es imposible, ¡pero el costo es enorme! El «pueblo de Dios» insurge en tal caso contra el pueblo elector. ¡En nombre de la catolicidad de la patria! Bergoglio excava así con una mano la «grieta» que pretende cerrar con la otra.

Quien lo pagó más caro fue Raúl Alfonsín. Laico y no peronista, sufrió un férreo cerco político y eclesiástico, militar y sindical. ¡Sin embargo encarnaba las enormes expectativas de la transición a la democracia! Quizá precisamente por ello. Será una casualidad, pero la victoria radical y la derrota peronista coincidieron con la temporaria declinación del poder de Bergoglio, quien acabó en los márgenes de la Compañía de Jesús. Cuando el expresidente murió en 2009, el entonces arzobispo de la Capital dejó a otros el honor de recordarlo. ¡Qué

---

12. J. M. Bergoglio, «Hacia un bicentenario de justicia y solidaridad», 16 de octubre de 2010, arzbaire.org.ar.

diferencia con las cálidas palabras a la muerte de Perón, en 1974! Incluso con aquellas en memoria de Néstor Kirchner, en 2010<sup>13</sup>: había sido su acérrimo enemigo, pero el «pueblo» lo había «ungido», repitió varias veces. Expresión bíblica densa de subentendidos, «ungir» es un verbo muy presente en sus homilías. Solo el «buen pueblo fiel» puede «ungir» a la autoridad, era el sentido, investirla de la sacralidad de la cual es depositaria. El «pueblo» peronista «unge»; el secular, elige.

Visto en tal perspectiva, Bergoglio pertenece a la generación que transvasó el «viejo» nacionalismo católico en la «nueva teología» del pueblo, pasando de la cruzada antiliberal a aquella antineoliberal. Mismo léxico: nación, pueblo, justicia social, proyecto nacional, antiimperialismo, anticapitalismo. Mismo enemigo, el «enemigo eterno»: es inútil discutir sobre afinidades y rupturas entre liberalismo y neoliberalismo. Una alergia antiliberal congénita impregna al catolicismo argentino, Bergoglio incluido, y a las familias políticas que a él se remontan, empezando por el peronismo. En su historia no figura ningún Luigi Sturzo, quien al liberalismo político y a la revolución burguesa le reconocía el mérito «inextirpable» de haber promovido el «método de libertad», entendido como libre juego de las fuerzas sociales.<sup>14</sup> No hay rastro en las revistas teológicas ni en el currículo de los Seminarios. Quien intentó emularlo fue marginado y olvidado. Bergoglio no evoca jamás el catolicismo liberal de Lord Acton ni de John Courtney Murray quien, si bien jesuita, era un orgulloso sostenedor del virtuoso lazo histórico entre cristianismo y liberalismo. Tanto odia al liberalismo cuanto lo ignora: es un «totalitarismo», dice.<sup>15</sup> En tal modo, amolda a sus conveniencias un concepto que, como

---

13. Homilía con motivo de la Misa del Sufragio del Dr. Néstor Kirchner, 27 de octubre de 2010, arzbaire.org.ar.

14. F. Felice, *I limiti del popolo. Democrazia e autorità politica nel pensiero di Luigi Sturzo*, Rubettino, Soveria Mannelli, 2020.

15. S. Rubin, F. Ambrogetti, *El Jesuita*, Vergara, Buenos Aires, 2013.

enseñó Hannah Arendt, evoca una forma suprema de antiiluminismo y antiliberalismo. El mundo cambia, las generaciones pasan, pero para la Iglesia Argentina la filosofía liberal sigue siendo el Anticristo, el Judas que destruyó la cristiandad americana, un «colonialismo ideológico», una consabida maraña de estereotipos.

Es verdad que en el mundo hispánico el liberalismo asumió en el siglo XIX trazos radicales: ora realistas, tendientes a subordinar la Iglesia al Estado; ora anticlericales, tendientes a combatirla. Éste es el liberalismo que Bergoglio denuncia. Pero fue así porque la coraza de la cristiandad, que permaneció íntegra al reparo de la contrarreforma, era impenetrable. ¿Cómo separar al ciudadano del fiel, a la persona de la tribu, a la política de la Iglesia, sin arrancarla de sus goznes? Entre el «control estatal» y el choque frontal, por otra parte, los liberales argentinos eligieron lo primero, bien más moderado que el segundo que prevaleció en México y en España, violento y persecutorio. Lograron así con cierto éxito crear una esfera política autónoma de aquella religiosa, un país próspero y tolerante para los estándares de la época. Todos los liberalismos del mundo latino y católico afrontaron por las mismas razones un dilema similar, debieron potenciar al Estado contra el superpoder de la Iglesia, si bien ambicionaban limitar su esfera de influencia. Tuvieron por lo tanto trazos elitistas, a veces autoritarios, pero no totalitarios. A menos que se tergiverse el concepto. Bergoglio lo usa como lo usaban los nacionalistas católicos de un tiempo, para los cuales «totalitario» era todo aquello que atentaba contra la primacía de la Iglesia, al que oponían orgullosamente el «totalitarismo católico» de la cristiandad. Por lo tanto, no toleraban la enseñanza laica, que les sustraía el monopolio de la instrucción. Pero en la Argentina liberal ningún obstáculo inhibió el culto y el apostolado, las órdenes religiosas entraron a voluntad, la Iglesia gozó de amplias libertades. Lejos de los totalitarismos, el liberalismo argentino no creó un Estado ético. A diferencia del peronismo, que lo creó y de qué manera, pero que nunca

Bergoglio definió como «totalitario». De tal modo, él excluye a la tradición liberal del patrimonio nacional, perjudicando a la conciliación nacional que sin embargo invoca.

Es un punto clave. Si la Iglesia no se hubiera limitado a celebrar el triunfo sobre el liberalismo, si hubiera legitimado su aporte a la «cultura nacional», si Bergoglio lo hubiera al menos reconocido, entre católicos y liberales, peronistas y antiperonistas, se habría quizás establecido un juego virtuoso de influencias recíprocas. La grieta se habría reducido a una herida fisiológica, como en tantos países católicos. Privado de una orilla eclesiástica, el peronismo quizás habría abandonado la pretensión de erigirse en «fe de la patria», probablemente habría evolucionado hacia una especie de democracia cristiana. Y en cambio, no. La fusión católica y peronista entre nación y religión revela una implícita aspiración a un orden cristiano impermeable a los valores iluministas y liberales. Por lo tanto, el conflicto entre liberalismo y catolicismo, típico del siglo XIX, no se disolvió en la Argentina del siglo XX como en otras partes, sino que a través del peronismo se perpetuó en guerra religiosa entre «pueblo católico» y «oligarquías liberales»: una caricatura maniquea de la realidad.

La biografía refleja la ideología. Bergoglio desprecia tanto las ideas liberales cuanto admira a aquellas peronistas, recuerdan amigos y confidentes.<sup>16</sup> ¿El régimen peronista? ¿Aquél de Perón y Eva? ¿La concentración de poderes, el monopolio de la información, el uso partidario de los recursos públicos, el sindicalismo de Estado, el adoctrinamiento, la represión del disenso? Silencio. Si ocurre, aconseja historia peronista de propagandistas peronistas. ¡Recomienda a Norberto Galasso! Tanto es mordaz con la actual democracia cuanto indulgente con la vieja autocracia. El padre Hernán Benítez, peronista de

---

16. A. Barros, *Mi amigo, el padre Jorge*, Romana, Buenos Aires, 2016.

la primera hora al cual Bergoglio fue a menudo asimilado, era más honesto: fue una dictadura en favor del pueblo, decía.<sup>17</sup>

Al pensamiento liberal, el peronismo opone el «pensamiento nacional». Bergoglio también: el primero es «extranjero», el segundo «popular». Así lo sostienen, convocando a la historia y la fe, la teología y la antropología.<sup>18</sup> El «hombre americano» fue plasmado por la evangelización, explican. Así, «inculturados», pobres y nativos conservan aquella esencia. Como tales, son lo opuesto del hombre europeo y de los criollos embebidos de Europa: forman un pueblo mítico no lógico, religioso no racional, territorial no intelectual, comunitario no individualista, ligado a símbolos y rituales en lugar de a ideas e ideologías.<sup>19</sup> ¿Será verdad? ¿O es una ideología como tantas? ¿La fabricación cultural de un mito, útil para oponer a los vientos seculares? ¿El enésimo, denodado esfuerzo en defensa de aquello que queda de la antigua cristiandad? Es bien sabido por los estudiosos de la secularización que los más pobres y menos instruidos son en general más religiosos.<sup>20</sup> ¡Pero no es una peculiaridad latinoamericana! Y la idealización de un «hombre americano» opuesto al «hombre europeo» suena grotesca. Salvo buscar la «pureza» en condiciones de excepcional aislamiento. Allí donde lo buscan los antropólogos del «pensamiento nacional», entre las cumbres de los Andes, y la «teología de la cultura», en las profundidades de la selva amazónica. Pero, ¿y los otros americanos, la gran mayoría? Es la típica estratagema nacional-católica, la consabida pulsión populista de elevar al propio «pueblo» a todo el «pueblo».

Así ocurre con el «pueblo mítico» de Bergoglio, elevado a «pueblo americano» *tout court*. Bien mirado, teorizar la existencia de dos humanidades en las antípodas sobre las dos orillas

---

17. A. C. Tarruella, *Guardia de Hierro*, Sudamericana, Buenos Aires, 2005.

18. R. Kusch, *La seducción de la barbarie*, Raigal, Buenos Aires, 1953.

19. D. Wolton, *Con Papa Francesco. Dio è un poeta*, Rizzoli, Milán, 2017.

del Atlántico, un «hombre americano» opuesto a un «hombre europeo», desafía a la historia y el buen sentido. ¿Cómo imaginarlo, considerando medio milenio de intensos intercambios de todo tipo entre Europa y América? El intento ideológico salta a la vista y es aquél de expulsar de América Latina al «eterno enemigo», la maraña de ideas e instituciones, costumbres y convicciones que destruyó a la cristiandad europea: racionalismo, secularismo, cosmopolitismo, liberalismo, capitalismo. Esperando así mantenerla con vida en América, con la Iglesia en su centro, eje de la Patria Grande, mito peronista y bergogliano por excelencia. Tal es, y no por casualidad, la perspectiva de Alberto Methol Ferré, uno de los filósofos más influyentes en el pensamiento de Bergoglio, amigo suyo de largo tiempo, que lamentando haber nacido en un país laico y democrático, amaba definirse como «un peronista uruguayo».<sup>20</sup>

Sin embargo, reducir «la esencia americana» al «gran evento» de la evangelización es arbitrario. Descartar todo otro sucesivo aporte europeo es abusivo. Como cada intento de esencializar una parte para reducir *ad unum* el todo, implica un elevado grado de coacción y mistificación. Las ideas racionales y las costumbres seculares extrañas al «pensamiento nacional» que Bergoglio y los peronistas ambicionan arrojar por la puerta de la historia latinoamericana, son desde hace tiempo parte de su paisaje, entraron por las ventanas que la Iglesia se obstinaba sin éxito en cerrar. No existe, entonces, el «hombre americano», sino «hombres americanos». Lo mismo vale para el «hombre europeo»<sup>21</sup>. Más lógico sería reconocer que las obvias diferencias entre Europa y América se complementan con otras obvias afinidades, y que experiencias análogas sean vividas en tiempos y modos distintos. La cristianización de las Américas es la mejor prueba de ello. Los jesuitas «inculturaron el Evan-

---

20. A. Methol Ferré, A. Metallì, *Il papa e il filosofo*, Cantagalli, Siena, 2014.

21. F. Jullien, *L'identità culturale non esiste*, Feltrinelli, Milán, 2018.



gelo», explica Bergoglio. Conciliaron así la universalidad de la fe con la peculiaridad de las culturas a las cuales la transmitían. Suena lindo, ¿pero serán posibles las cosas juntas? ¿O no hay barril lleno cuando la mujer está borracha?<sup>22</sup>

La realidad es que la evangelización modificó a fondo las culturas autóctonas. ¿Cómo podría haber sido de otro modo? Lo explica el mismo Bergoglio narrando la epopeya de las misiones jesuitas con los guaraníes. Transformar a una población nómada en sedentaria, organizar su tiempo y trabajo, cambiar la nación de autoridad y naturaleza, de vida y de muerte, ¿no son acaso cambios culturales radicales? Es aquello que hicieron los jesuitas, movidos como los colonizadores por el ansia de civilizar a «paganos» y «salvajes». Elevar su obra a fundamento del «pensamiento nacional»<sup>23</sup> es un círculo vicioso e interesado: el «pueblo» al cual la Iglesia llevó la fe justifica en nombre de su fe la preeminencia de la Iglesia. La cual agita tal certificado de origen en la cara de la cultura «ilustrada» para excluirla de la «cultura nacional». Pero ninguna de tales culturas es en verdad originaria, ni el «origen» confiere primacías: la Historia fluye, las culturas cambian, las ideas circulan. Máxime en Argentina, país revolucionado por la inmigración más que ningún otro. Bergoglio defiende así el patrimonio de la cristiandad de sus eternos «enemigos» seculares. El artificio de la «inculturación» permite a la Iglesia hacer hoy, invocando el indigenismo, aquello que hizo en otro tiempo invocando la hispanidad.

Dado que la herencia religiosa es el punto de fusión entre nacionalismo y catolicismo, no hay que sorprenderse de que el «pueblo mítico» de Bergoglio y el pueblo peronista se asemejen

---

22. «La botte piena e la moglie ubriaca» es un dicho italiano que expresa que no se puede pretender dos cosas antagónicas al mismo tiempo (N.d.T.).

23. J. M. Bergoglio, «Historia y presencia de la Compañía de Jesús en Argentina», conferencia pronunciada en Santa Fe, 15 de octubre de 1977, en J. M. Bergoglio, *Quiénes son los Jesuitas*, op. cit.

como dos gotas de agua: ¡son el mismo pueblo! Sin embargo, sobre la pretensión de que éste encarne al «pensamiento nacional», que posea el monopolio de la «identidad cultural» argentina, son lícitas unas corpulentas dudas. Aquel pueblo tan «nacional», ¿no será a su vez proyección local de doctrinas nacidas en otra parte? El modo en el cual la tradición nacional-católica lo mistifica, ¿no será deudor de otras historias y culturas? No habría nada de extraño ni de raro, pero implicaría admitir que no existe un «pueblo argentino», más argentino que los otros argentinos, que nadie, ni siquiera la Iglesia y el peronismo, puede exhibir un certificado de «argentinidad» más puro que el de otros.

La duda aumenta poniendo en foco el recorrido intelectual que produjo la noción de «pueblo» de Bergoglio. Más que un genuino producto nacional, se diría el afluyente de un gran río que desde tiempos inmemoriales fluye por lejanas llanuras. Llanuras europeas. Desde los años sesenta del siglo XX, la influencia alemana destronó a la española, en otro tiempo predominante en el catolicismo argentino. Las armas antiliberales del arsenal español, el anacrónico llamado a la cristiandad colonial, ya estaban sin filo. La Europa continental las ofrecía bien más sólidas. Para saberlo basta una rápida mirada a firmas y títulos en los catálogos de las editoriales y de las publicaciones católicas, a las citas de los teólogos y a la formación de los pastores. El interés de Bergoglio por la figura de Romano Guardini —italiano de nombre pero alemán de hecho y de formación— no es casual ni aislada. Al contrario, es el reflejo de un clima que impregnó a la Iglesia argentina y que emerge prepotente en la Compañía de Jesús, comenzando por las páginas de *Stromata*, la revista de cuya redacción el futuro papa se ocupó largo tiempo.

Sus páginas ofrecen bien poco de «nacional», todavía menos de «latinoamericanas». En cambio, chorrean filosofía y teología europea: mucha Alemania y una pizca de Francia, mucho romanticismo viejo o nuevo, ningún racionalismo, nuevo o viejo. ¿Los católicos ingleses y estadounidenses? ¿El

pensamiento secular? No recibidos. Mucho Martin Heidegger, mucho Paul Ricoeur: ¡cuánta «patria», cuánto «pueblo», cuántas «esencias» y «símbolos»! Tanto los teólogos «tercermundistas», protagonistas en la conferencia episcopal de Medellín en 1968, como los teólogos del «pueblo», lanzados por la de Puebla de 1979, llevan bien visible la huella. Se explica así que, estacionado en los márgenes de la patria, Bergoglio se fuera a estudiar a Frankfurt. A diferencia de Luigi Sturzo, largo tiempo exiliado entre Gran Bretaña y Estados Unidos, no aprovechó para revisar sus tesis sobre democracia y economía, pueblo y nación. Por otra parte, fueron pocos meses: el estudio no era su vocación. Es imposible escapar a la sensación de que la teología argentina reproducía en ultramar la atávica diatriba europea entre idealismo continental y utilitarismo anglosajón, comunitarismo alemán e individualismo británico, dirigismo económico y libre mercado, organicismo y liberalismo. O aquella aún más antigua entre Roma y Calvino, los jesuitas y Locke.

Entre tanto, tales sugerencias teológicas se fundieron con los aportes de las ciencias sociales, en especial la teoría de la dependencia. Teoría a su vez en equilibrio entre América latina y Europa continental. ¿Era en verdad tan latinoamericana como se decía? ¿O recalentaba una sopa cocinada en Alemania por André Gunder Frank, que fue su pionero? La disputa duró largo tiempo. Las causas del subdesarrollo latinoamericano, enseñaba, del atraso y de las desigualdades que plagaban a la región, no debían buscarse, como resultaría lógico pensar, en su pasado, en los efectos de su herencia histórica, sino en aquello que la había erosionado: el «sistema» capitalista y sus «estructuras». En lugar de figurar sospechado por los males de América latina, de la cual durante siglos había plasmado su historia, el catolicismo se erigió en paladín de su «liberación»: el problema se tornaba solución. Surgió así una densa red de revistas y congresos, grupos y asociaciones, argentinas y latinoamericanas. Redes que se entrelazaban de mil modos con el peronismo, entendido sea como movimiento político, sea como

«cultura popular» impregnada de religiosidad. De tal teoría es fácil reconocer todavía hoy la vulgata en los juicios de Bergoglio sobre las relaciones entre países ricos y países pobres, sobre las causas de la pobreza en el mundo.

Ideas y palabras de los teólogos y filósofos que poblaban aquel mundo tienen eco en sus escritos y sus homilias. Lucio Gera, sobre todo, luego Juan Carlos Scaramone y Alberto Methol Ferré, más apartado Rafael Tello. Política y religión eran para ellos la misma cosa, como lo habían sido en el mundo hispánico de la edad colonial. «Liberar» a América Latina implicaba reconducirla a la raíz católica, depurarla de incrustaciones seculares. La clave la poseía el «pueblo» que la Iglesia había forjado y aspiraba a guiar. Había que impedir que el bienestar lo corrompiera, que el mercado lo tentara, que el consumo lo perdiera: materialismo, individualismo, egoísmo acechaban. Guay si el ascenso social le hubiera hecho perder sus virtudes innatas. ¡Pobres pero puros! El paternalismo populista era la solución más obvia, aquella que más se aproximaba a la promesa del Reino.

De aquellos movimientos, el peronismo era emblema y modelo. En torno a él rotaban los intelectuales que dejaron las huellas más visibles en el pensamiento de Bergoglio. Amelia Podetti, descendiente de italianos, estudiosa de Hegel formada en Francia, animadora de las «cátedras nacionales», directora de la revista peronista *Hechos e Ideas* y cercana a Guardia de Hierro, se contó entre los mayores exponentes del «pensamiento nacional». Rodolfo Kusch, descendiente de alemanes, simpatizante peronista, antropólogo a cuyos estudios de las comunidades indígenas Bergoglio debe la noción de «pueblo mítico». Leopoldo Marechal, descendiente de franceses, el escritor más amado, funcionario del primer gobierno peronista. Todos como él hijos de inmigrantes, todos a la búsqueda de una identidad americana, de archivar sin remordimientos el pasado europeo. La encontraron en el mito panlatino de la Patria Grande, cruce de caminos ideal en el cual confluían

José Vasconcelos, alma católica del nacionalismo mexicano, Víctor Raúl Haya de la Torre, paladín del espiritualismo aprista peruano, y Manuel Ugarte, estandarte intelectual del peronismo: una genealogía recurrente en las publicaciones católicas y nacionalistas.

La dirección marxista de la revolución cubana indujo a Bergoglio y a los teólogos del pueblo a tomar distancias, a trazar la infranqueable línea roja que los separaba del materialismo histórico, también él hijo del racionalismo europeo, a su vez extraño al «buen pueblo fiel» latinoamericano. La crítica impactó en los teólogos de la liberación, que de la teoría marxista hicieron amplio uso, profesando devota fidelidad al régimen cubano. Pero a los primeros no se les escapó que, por cuanto perdida, la ovejita castrista era fruto de su mismo rebaño, una declinación un poco herética de la cepa cristiana de la cual había surgido el peronismo. Como explicó Marechal, al regresar extasiado de la isla: he visto el orden terrenal más similar a aquel evangélico. Así repitieron a coro hordas de religiosos de visita en La Habana y así, años después, lo dejó entender Bergoglio.<sup>24</sup>

Varios regímenes entraron en aquella época en las gracias del círculo de la «pastoral popular» en torno a la cual orbitaba Bergoglio. El preferido, mimado por sus revistas, fue el gobierno militar peruano del general Velazco Alvarado: otra «dictadura pro pueblo», otro «comunismo de derecha», anti-liberal y anticomunista, cristiano y corporativo. Pero ninguno desplazó al peronismo del pedestal, tanto más cuando Perón volvió al poder en 1973. El problema, en todo caso, era proteger a la ortodoxia cristiana de las contaminaciones seculares, en especial aquellas marxistas, muy difundidas en la Iglesia y en el movimiento peronista.

---

24. J. M. Bergoglio, *Uno sguardo su Cuba. L'inizio del dialogo*, F. Mondadori, Milán, 2015.

Al hacerlo, Bergoglio siguió, con su estilo modesto pero eficaz, práctico pero invisible, a una brújula precisa. La primera dirección indicada por la aguja, como era lógico, fue la cresta que separa al campo «nacional y popular» del campo «oligárquico y colonial». Los límites entre ambos son en ocasiones inciertos y entre ellos siempre existió una vasta zona gris, lo que permite un cierto margen de maniobra y una cierta dosis de flexibilidad. Pero aquélla era la trinchera infranqueable, la frontera de la «nación católica». Luego, sin embargo, la brújula servía para trazar un límite en el seno del mismo campo popular, el peronista. El problema era: ¿cuál peronismo? «Partido de la nación»: es normal que sea una especie de papel absorbente, un club donde todos aspiran a entrar, un camaleón de mil colores, según la época y el contexto, la conveniencia y la necesidad. Lo que apetece a todos es su «pueblo», siempre él, el «buen pueblo fiel» en el cual Bergoglio señala al custodio de la identidad eterna de la patria.

Por lo tanto siempre veló sobre la ortodoxia peronista, aquella de los orígenes, embebida de doctrina social católica y sindicalismo cristiano, paternalismo estatista y armonía entre las clases, moral tradicional y culto de la patria. Una tradición tan popular como autoritaria, en la que resulta congénita la confusión entre gobierno y Estado, partido y nación, fe y ley, dinero público y privado. Marxistas y tecnócratas, intelectuales postmodernos y artistas radicales, especuladores y arribistas, los ejércitos de *parvenus* que asaltan al carro peronista, esperando conducirlo hacia sus costas, amenazan con hacerlo descarrilar de los rieles católicos de las raíces. Para Bergoglio son igualmente peligrosos que el secularismo de los «ilustrados», lobos disfrazados de corderos que corrompen a la grey popular y la tradición nacional, sean guerrilleros marxistas, tecnócratas neoliberales o acérrimos kirchneristas. Los sindicatos son para él Rocafuertes del peronismo nacional y popular, objeto de antiguo y atento cuidado; los movimientos populares, las organizaciones «villeras», los «pobres» quienquiera que sean, los

«nativos» dondequiera que vivan, los «inmigrados» de donde sea que lleguen. Solo en ellos se conserva y transmite la cultura material de la sociedad cristiana amenazada por la abstracción de las ideologías, la templanza moral forjada por la fe e impermeable a las lisonjas de las mundanidades, la solidaridad comunitaria que cementa el lazo social y escapa a la anomia causada por la técnica y el mercado. ¿No es una idea romántica de «pueblo»? ¿Un arquetipo ideológico más que una realidad social? Muchos líderes sociales de los cuales se rodea chorrean mesianismo autoritario, muchos dirigentes sindicales que recibe ostentan riqueza y poder, muchos políticos «populares» a los que da crédito controlan clientelas. La duda de estar haciendo romanticismo debe cada tanto atormentarlo, desde el momento en que se siente en el deber de excluirlo. Pero ésta es su brújula desde los tiempos de la Compañía de Jesús, aquella que lo guió como arzobispo, aquella que lo guía como papa.

Lllamarlo «papa peronista» es correcto y engañoso a la vez. Es engañoso si se lo interpreta en sentido restrictivo, como adhesión a un partido. Ocurre que a Bergoglio le resultan más afines ciertas figuras que no militan en el peronismo que otras que sí, pero que a sus ojos amenazan con desfigurarlo con el virus ilustrado. Vale para muchos kirchneristas. Es correcto si se considera que para Bergoglio el peronismo es una especie de código genético del «pueblo» y de la nación. Como tal, es el *humus* «cultural» que inducía a Perón a sostener que todos los argentinos son peronistas. Y si no lo son, entonces, no son tampoco argentinos. En este sentido, Bergoglio no solo es peronista sino que es el más genuino heredero de Perón.